

La otra crisis

Mauricio Merino

Estamos sobrados de diagnósticos, pero nos faltan soluciones. Quizá porque nos ha gustado la grandilocuencia y porque estamos habituados a los grandes proyectos nacionales, no estamos otorgando importancia suficiente a las pequeñas decisiones cotidianas que van formando eso que, a falta de otro nombre, llamamos el espíritu de la nación. O mejor dicho, la falta de espíritu, de coraje y de sentido.

Algunos políticos creen sinceramente (de verdad lo creen) que se trata de un problema de imagen y discurso. Se preocupan mucho por lo que dirán mañana y les encanta verse en las noticias, ya sea para alegrarse o enfadarse. Entienden la política como un juego de espejos y declaraciones, tan interminable como carente de objetivo y densidad. La política ligera, frívola, barata. Por eso importa menos lo que haya dicho Miguel de la Madrid —pues en el fondo no dijo nada nuevo ni nada que no hayamos sabido antes— cuanto el haberlo dicho. No es tan relevante saber si tras los negocios turbios que relata Carlos Ahumada hay más fantasía que verdad, o viceversa, cuanto seguir la trama de alianzas y de enredos, aderezada con las declaraciones que se publican cada día. Pero las aclaraciones posteriores son todavía más frívolas; el ex presidente que propone su propia descalificación: “Créanme, no deben creerme”; y el empresario corrompido que discute la falta de moralidad en la conducta ajena: “Créanme, soy tan mentiroso como ellos”. Toca el turno de Madrazo, que suele llegar muy tarde.

Sin embargo, nada de esto es nuevo. Pero mientras más graves son las dificultades del país (¿qué más nos falta?), más triste, más irresponsable y más pobre es la actuación de nuestra clase política. La profundidad de las crisis que está viviendo México parece equivalente a la ligereza de la mayor parte de los políticos. Pero su propósito parece ser limpiar su imagen, salir en la televisión y culpar a todos los demás, mientras insisten en que sus pequeñas soluciones arregladas por consenso deben leerse como grandes cambios, a pesar de que los verdaderos problemas del país, sin excepción, siguen creciendo: el desempleo, la inseguridad, la impunidad, la desigualdad y la pobreza.

Nos dicen que la sociedad civil no es mejor; que los políticos son una muestra representativa de la sociedad en su conjunto; que tenemos el gobierno, los partidos y los legisladores que nos merecemos. Y seguramente es

cierto. Pero como argumento para salir de una crisis de ética política es inaceptable. Sería como decir que, ya que todos somos inmorales y corruptos, los gobernantes también han de serlo; que un gobernante confiable y capaz de producir confianza sería, en cambio, una anomalía.

Lo peor es que tampoco tenemos referencias válidas. Si se mira hacia adelante, nos encontramos con las campañas vacuas que están ahora mismo en curso, incapaces de producir un horizonte de entusiasmo y esperanza democrática. De hecho, son campañas amarradas al pasado y a la necesidad de la polarización política. Volvimos a 2006, pero como parodia: sin el nervio y la veracidad de esa contienda.

Y si se mira hacia atrás, hay que hacerlo de manera profiláctica; tal como se están conmemorando ya los aniversarios de la Independencia y la Revolución. Esos dos momentos que produjeron, cada uno por razones diferentes, el cambio de la clase política de México. Aniversarios peligrosos, pues nos recordarán que aquellas élites cansadas y repetitivas tampoco lograron comprender la profundidad de los problemas que los desafiaban ni pudieron afrontarlos con sentido ético. Como si fuera agua, el país se les fue colando entre los dedos. Y mientras eso sucedía, ellos seguían peleando por sus pequeñas posiciones de poder.

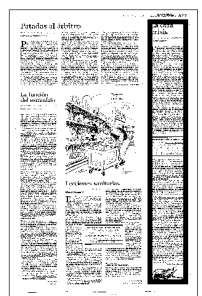
La sensación de deterioro que se está implantando en México no es consecuencia de los problemas políticos que vienen de la elección pasada, ni de la crisis económica que nació fuera del país, ni de la inseguridad o de la impunidad que se refuerzan mutuamente, ni del virus de la influenza. Más bien es al revés: todo eso se presenta como causa, según las circunstancias y los discursos políticos del día, porque no acabamos de encontrarle salida a los problemas. Sin respuestas disponibles, nuestra clase política huye todo el tiempo hacia el futuro: a la siguiente campaña, al candidato que ya viene, a la ley que se está haciendo, al próximo sexenio. A lo que sea, con tal de evadir este presente horrible.

Nos está faltando mucha estatura ética. Nuestra clase política cree que es poderosa, pero va perdiendo el respeto, la credibilidad y la confianza cada día. Y no se puede mandar sobre lo que ya no existe. Pero no se enteran si no sale en el periódico, si no está su nombre mencionado, si no amenaza una tormenta escandalosa.

Profesor investigador del CIDE

MIENTRAS MÁS GRAVES SON

Continúa en siguiente hoja



Fecha 20.05.2009	Sección Primera-Opinión	Página 27
----------------------------	-----------------------------------	---------------------

LAS DIFICULTADES DEL PAIS (¿QUE
MÁS NOS FALTA?), MÁS TRISTE,
MÁS IRRESPONSABLE Y MÁS
POBRE ES LA ACTUACION DE
NUESTRA CLASE POLÍTICA

